vértice
REVISTA UNIVERSITARIA DE IDEAS, ARTES Y LETRAS

la cuestión docente

Ver a la Universidad es fuente continua de inquietudes y angustias. Es verla, lejos de su meta, en proceso de desintegración como comunidad, y en un bajar constante de su nivel como centro educativo. Nuestra Universidad está en este sentido, postrada, porque están fallando por la base aspectos fundamentales. Y estamos persuadidos de que en el plano de las metas a lograr se ha de restaurar, primero lo necesario, lo esencial, lo que garantiza la supervivencia a través del tiempo y en el espacio, para luego atacar otros fines accidentales, otros fallos derivados del planteamiento de objetivos, interesantes sí, pero secundarios. Creemos, por eso, que hay que revisar a fondo la problemática universitaria. Y hacerlo, comenzando por el principio, sobre todo, cuando la oportunidad es favorable y permite la reflexión.

El hablar, entonces, de la cuestión docente, responde a esa exigencia. Entendemos la Universidad como una institución apoyada en pivotes básicos, uno de los cuales es el profesorado. Sobre este pivote cargan cosas fundamentales: la responsabilidad de la transmisión de conocimientos, la orientación en la búsqueda cada vez más honda y densa de la verdad, y el aporte decisivo, por medio del trato personal, a la formación humana del alumnado. Para lograr todo esto se cuenta con unos medios y, por encima de los anteriores, se ha de contar con la propia vocación de servicio, de magisterio, de educador.

Y vemos que la primera faceta de la misión profesional, la transmisión de conocimientos, es la que hasta ahora se ha llevado los mejores esfuerzos de nuestro cuadro de profesores. Se ha consagrado la figura del profesor que "pasa mucha materia" o "que dicta muchos apuntes". Y esto ha sido erigido hasta tal punto como valor absoluto o primordial, que se toma muy poco en cuenta la asimilación de dichos conocimientos por parte del alumnado. Tal cosa se deja para calibrarlo en un examen, cuando ya no hay nada qué hacer, como no sea el repetir el curso. Se intenta, entonces, explicar mucho desde la tarima, sin que haya asomo de intentarse —en la generalidad de los casos— un sondeo reiterado del alumnado para medir su grado de comprensión de la materia.

Al revisar el segundo aspecto —orientación en la búsqueda de la verdad— hemos de ser más tajantes. Se ha entendido que la verdad es sólo la asignatura específica, desprovista de contenido humano y carente de valores éticos. La búsqueda de la verdad, y, el orientar a ella, exige un profundo afán de investigación por parte del maestro. Si éste se conforma con enseñar año tras año la misma lección, y publicar a lo sumo unos apuntes de clase sobre su materia, no nos extraña que cualquier día pueda ser substituido por una máquina grabadora donde se hubieran registrado en cinta todas sus clases de años anteriores.

Paralelo a este afán de investigación, ha de ser permanente el esfuerzo por vincularse a la realidad social, y de sentir y vivir la vida de su pueblo y de su tiempo, teniendo una conciencia clara y una visión serena de los problemas que se confrontan. Sólo de esta forma se podrá orientar al estudiantado a la búsqueda de la verdad, desdoblando este término en el doble aspecto de la verdad científica, y la verdad vital, contenido radical de la verdad en la vida de cada uno. No se procura, en nuestras aulas, orientar al estudiantado —despertándole inquietudes si es preciso— a la búsqueda de unos valores permanente, capaces de iluminarle en la jerarquización de los conocimientos que aprende, y de servirle de asideros y puntos de referencia de su propia actitud frente a la vida. Hemos hecho del estudiante un conjunto de compartimientos estancos donde se almacenan, día tras día, o cada vez que se pueda, unas tesis de cada asignatura. La actitud global, sin embrgo, es meta descuidada dentro del campo de la formación universitaria. Podríamos preguntarnos ahora: ¿Forma hombres la Universidad venezolana? Y si no los forma, ¿quién tiene la culpa?

No queremos ser parciales en el juicio. La culpa es colectiva, lo cual equivale a decir, no que no es de nadie en concreto, sino que es de todos. La acusación implacable a un sector determinado,



producto de una visión excesivamente subjetivizada de la realidad universitaria, es injusta. Por eso, no creemos que sea lícito enfrentar a estudiantes y profesores como dos clases con intereses opuestos.

Quienes así hablan, quienes actúan para lograr esto, han comprendido muy bien que la unidad es fuente de vida, y luchan por desunirnos, atacando la misma entraña de la comunidad universitaria. Y así, enfrentando a unos con otros, sólo les resta esperar a ver cómo se hunde el barco, cómo naufraga la Universidad.

Se impone, en el tercer aspecto, de trato personal y convivencia entre los miembros de la comunidad universitaria, un cambio total de actitud. Y el profesorado tiene su papel, en la vanguardia, en primera fila. Hay que acabar, de una vez por todas, con el individualismo sembrado en nuestras gentes.

Se nos hace evidente que el medio de mayor eficacia en el proceso formativo, es ni más ni menos, que el trato directo con el maestro. Cuando éste lo es verdaderamente, y por ello, es asequible y entregado, su radio de acción sobre los estudiantes trasciende más allá de los límites de un simple contacto para comunicar experiencias técnicas. Entendemos, sí, que los hombres que hoy figuran en los cuadros profesorales de nuestra Universidad, son los mismos hombres que, por imposiciones del medio y del tiempo, han tenido que actuar en el campo profesoral, político, administrativo, y mil otras facetas, algunas casi incompatibles con su posición de maestro. Este lastre, consecuencia del bajo nivel de nuestro medio, y de la impreparación de un país, sin hombres doctos, hemos de superarlo con esfuerzo y sacrificio. De otra forma, estaremos consagrando un círculo vicioso y seremos impotentes para vencer la dura situación.

Que quede claro, entonces, que hay que revisar a fondo la problemática universitaria. Y por ello, al hacer un primer balance sobre la cuestión docente, hemos de exigir reflexión y responsabilidad. Y hemos de exigir más; hemos de exigir sacrificio, porque la tarea que se nos presenta es hermosa y grande: la reconstrucción de la Universidad como un todo orgánico, unido, y por unido, vivo, capaz de formar juventudes para el futuro, amasando en muchos brazos la patria nueva.

N.° 6 - CARACAS, DICIEMBRE 1962 - APARTADO POSTAL DEL ESTE 5048 - Bs. 0.50

directorio

CONSEJO DE DIRECCION

NELSON GEIGEL LOPE-BELLO
ANTONIO SUELS ARANDA
JUAN GARRIDO ROVIRA
RAFAEL TOMAS CALDERA PIETRI
GUILLERMO YEPES BOSCAN
JOSE RODRIGUEZ ITURBE

CONSEJO DE REDACCION

MARCEL GRANIER HAYDON
MANUEL AZPURUA ARREAZA
GERARDO TALAMO BUSTILLOS
ROBERTO GENTY TREMONT
ANTONIO ABELLANAS ALFONSO
ELOY ANZOLA ETCHEVERS
RAFAEL PEÑA ALVAREZ

DIAGRAMADO

JOSE SERRA BARTRONS

CORRESPONSALES

MARACAIBO: ITALO ALTIMARI G.
VALENCIA: OSWALDO GUERRA S.
MERIDA: GUSTAVO CAMARGO MORA
MARACAY: JOSE HURTADO G.

sumario n.° 6

La cultura y nuestra supervivencia. *Fernando Cervigón*

¿En que hay lucha de clases en la Universidad? *José Serra Bartrons*

La labor intelectual: *Nelson Geigel Lope-Bello*

Medicatura rural para los médicos. *Pedro Pérez Pedrero*

Entrevistas sobre la cuestión docente con: *Humberto J. La Roche, Aristides Calvani, Joaquín Marta Sosa*

Kelsen mira al derecho natural: *Ricardo Esterrich*

Formas de: *Rafael Yepes Trujillo, Juan Aristeguieta*

Tormenta en las tinieblas: *Jesús A. Sanabria S.*

y Ud... ¿Qué dice?

Valencia.

De mi consideración:

Quiero hacer llegar hasta ustedes mi más caluroso voto de aplauso por la labor seria y responsable que ustedes están llevando a cabo en la Revista Universitaria de Ideas, Artes y Letras, "Vértice".

Los que hemos trabajado largos años en ambientes universitarios latinoamericanos vemos con profunda satisfacción cómo el estudiantado se está orientando por caminos seguros en los claustros universitarios, para que nuestras Universidades sean centros de cultura de primera categoría.

El libre examen de los problemas en un ambiente donde se respetan las ideas, constituye una característica saliente de las Universidades de jerarquía intelectual y moral. Ustedes están contribuyendo positivamente a esta labor.

Finalmente me permito felicitarles por la encuesta sobre bachillerato, orientación profesional, profesorado, selección, etc., cuyos resultados, si son honesta y serenamente analizados por quienes corresponde, representarán un paso adelante en el progreso de la Universidad.

Atentamente,

Miguel A. Patetta Queirolo
Profesor de Biofísica.
Director Ad Honorem de la Escuela de Medicina de la U. de Carabobo.

Caracas, 20 de noviembre de 1962.

Estimados compañeros:

He leído con beneplácito el Nº 5 de la Revista "Vértice". En éste, se sigue observando el grado ascendente, de superación y de esfuerzo que ese grupo de estudiantes realiza para dejar ver, dentro de la Universidad, una revista que esté de acuerdo con el concepto de Alma Mater. "Vértice" ha venido a ser, la revista del estudiante universitario venezolano. "Vértice" quiere que se profundice más dentro del estudiantado, que el estudiante se meta en sus problemas, problemas de cultura e ideales, y no esos problemas tan ya gastados y corroídos, como la politiquería, hoy día constante en la universidad venezolana.

Interesantes artículos presenta "Vértice" en su Nº 5; en "El lastre liberal de la Universidad venezolana", se nos enfoca la corriente liberaloide que ha penetrado en la Universidad, y es que, en nuestra Universidad tiene que existir un grupo de personas dedicadas a la investigación y a la docencia, que tienen que intercambiar conocimientos y realizar en común muchas vivencias legítimas. Pero existen, como muy bien dice el artículo, profesores de tiempo completo que no saben actuar realmente con sentido comunitario. Es ese saber buscar de parte del maestro, cuáles son las manifestaciones del actuar cotidiano del estudiante, para poder corregirlas, lo que está ausente.

¿Nos podríamos preguntar si verdaderamente existen profesores con ese espíritu de búsqueda de armonía con el estudiantado? Si, existen profesores realmente interesados en tratar de buscar solución a la problemática estudiantil, aunque, por desgracia, también sería fácil el contarlos con los dedos. En realidad son pocos los que realmente quieren a la Universidad, y se preocupan del estudiante, tratando de orientarlo y conducirlo hacia la verdad.

Es realmente lamentable que no se diga: Venezuela tiene una casa de estudios que verdaderamente corresponde al concepto de Universidad. Pero tampoco hemos de ponernos cabizbajos; hay que luchar por un futuro: si no tenemos, en su mayoría, profesores que verdaderamente cumplen una labor docente, pues hay que conseguirlos; si no se ha propugnado una selección en el estudiantado, adelante, que se conseguirá, y podríamos seguir hablando de meros fenómenos por los cuales pasa nuestra Universidad.

Creo que "Vértice" ha iniciado esa labor. Y por eso doy mi apoyo a los integrantes de la Revista que tan acertadamente tomaron tan optimista iniciativa.

Atentamente,

Miguel O. Sánchez S.

LA COEXISTENCIA PACIFICA

Estimados amigos de "Vértice":

Hoy el mundo gira sobre una preocupación fundamental. Nuestro país, miembro de Latinoamérica, bloque llamado a ocupar el papel de protagonista esstancial en la historia de este tiempo, es arrastrado hacia el carrousel de la agitación internacional.

Los órganos de difusión, en estos momentos, presentan noticias mundiales que provocan en nuestro pueblo una onda de interrogantes y preocupaciones, extendidas como el agua al rebote de las piedras.

Son momentos de revisar viejos conceptos. Y es sumamente interesante este de la coexistencia pacífica.

Coexistencia es el existir mutuo de dos o más que se entreayudan. Que reconocen y respetan derechos. Coexistencia es creer en el entendimiento de los pueblos en el plano internacional. Aceptar la presencia de otras naciones sobre la tierra con su derecho a formular su vida, y su gobierno de acuerdo a la voluntad de su pueblo, dándole amplias posibilidades de manifestar sus exigencias. Quien no tiene presente estas normas no debe pretender, en las relaciones internacionales, el hablar de coexistencia pacífica, y mucho menos, el intentar torpedearla, con los hechos, ya que no con las palabras.

Se hace del pacifismo una plegaria, y lo hacen, precisamente, quienes no pueden aceptar la paz. El marxismo-leninismo procura imponer en todo el mundo sus sistemas por los medios necesarios. Dándole preponderancia a la violencia. No pueden aceptar la paz porque no creen en el cambio de injustas estructuras mediante la expresión voluntaria de los pueblos, en ejercicio de sus derechos esenciales.

Un breve análisis evidencia la contradicción marxista en sus llamados a la paz. Postulado básico suyo es la destrucción de todo sistema no identificado con sus intereses por la violencia más cruda. Ella es el motor de su lucha en el occidente. Lapidaria es la expresión de Marx: "La violencia es la gran partera de la Historia".

La juventud universitaria ha de percatarse de esta verdad. Ella es blanco de incidencia de estos planteamientos. Para ella van los carteles de llamativos colores donde los augures de la paz inscriben: "Contra la guerra, paz". Recordemos a Lenin: "La política es la continuación de la guerra". La juventud universitaria debe reflexionar y, para evitar la confusión, practicar, con ejemplo de militancia, la lucha frente a los esclavistas de estos tiempos.

Agradezco mucho den publicidad a ésta; les felicito por el número anterior y espero sigan superándose en la línea que se han trazado.

Atentamente,

Juan José Rachadell

Caracas, noviembre de 1962.

Señores del Consejo de Redacción:

Leyendo el quinto número de su publicación —por de más interesante— se me ha ocurrido escribirles con el siguiente propósito: pienso, que como revista y grupo dedicado a cuestiones universitarias, ustedes deben tener alguna información referente a becas en el extranjero. Quisiera, entonces, abusando de su bondad, que me manifestaran alguna información al respecto, así como la dirección a la cual dirigirme por más amplios informes.

Sin más que transmitirles y agradeciéndoles de antemano su respuesta,

queda de ustedes, atentamente,

Ignacio Briceño
Caracas.

RESPUESTA

Hemos tenido informes de las siguientes becas en el extranjero:

Cinco becas para graduados en Economía o Derecho que deseen seguir un Curso de Especialización en Comercio Exterior.

Cinco becas para graduados en Ingeniería, Arquitectura o Ciencias Exactas que deseen seguir un Curso de Especialización en Hormigón Armado.

Cinco becas para graduados en Medicina que deseen seguir Cursos de Especialización en las Facultades de Medicina de Milán y Roma.

Las informaciones sobre estas becas han de solicitarse a la Fondazione Rui, Via Pompeo Magno 9, Roma.

Además, se ofrecen:

Diez becas para graduados en Economía o Derecho que deseen seguir un Curso de Especialización en Desarrollo Económico.

De estas últimas informan en la Embajada de Italia en nuestro país, así como en la ya mencionada Fundación RUI.

Por último, pueden pedirse informes en la Embajada Americana en Venezuela, sobre becas ofrecidas por la Asociación Estudiantil de la Universidad de Stanford.

la cultura y nuestra supervivencia

"El 'pueblo', en nuestros países, es sin duda el depositario de la tradición cultural y conserva una vitalidad no por adormecida, muerta."

Fernando Cervigón

La observación de la situación en que nos encontramos, el contraste ofrecido por los diversos estamentos sociales de nuestro país, nos impone la obligación de preguntarnos cuál es el camino que debemos seguir para cumplir la misión que dentro de la comunidad mundial tenemos la obligación de llevar a cabo. Debemos saber en qué se apoya nuestro acontecer histórico, qué soporte cultural justifica nuestra razón de ser, qué vitalidad tiene en nosotros esa cultura, y qué peligros la amenazan y, sobre todo, dónde hemos de encontrar la fuente inspiradora que revitalice, si así es necesario, la fuerza creadora de nuestro cuerpo social.



En términos generales, el continente americano se encuentra adscrito plenamente a la tradición cultural de occidente, al mundo cristiano occidental, como a menudo gusta llamársele. Esta realidad no podemos variarla a nuestro gusto; de la misma forma que el hijo no puede escoger la fuente de su vida, nosotros no podemos recabar culturalmente otra paternidad que aquella que nos colocó en la órbita histórica. Las interrelaciones de las culturas indígenas con la cultura occidental crearon una personalidad propia y definida, que vino a enriquecer con nuevos matices el ya variado mundo cristiano.

Es precisamente este cruce de culturas el que crea en nuestra América una personalidad propia, y es precisamente el no tomar conciencia de esta personalidad, y por tanto, no desarrollarla lo que nos lleva en ocasiones a una desorientación tal, que pone en tela de juicio, incluso ante nosotros mismos, la razón última de nuestro ser; y la autodestrucción de la personalidad, bien sea por desconocimiento de la misma o por desvalorización, se halla muy cerca de constituir un suicidio.

Pongamos un ejemplo: los europeos miran con cierto interés toda cultura exótica, unas veces como fuente de inspiración estética, otras por nostalgia de espíritu; así, no es raro encontrar una presencia africana o asiática en numerosos ambientes culturales de Europa. El europeo siente cierta admiración por la eficiencia y el poderío yanqui: podrán criticar su baja calidad "señorial", pero en el fondo se sienten superados en un determinado aspecto dentro de su misma línea cultural. Ante esto, ¡qué pocos son los europeos que se dirigen a nuestros países con otra mira que la de enriquecerse en breve tiempo! Ni exotismo ni eficiencia, ni nuevas orientaciones espirituales, ni potencia económica. Nuestra fina sensibilidad capta con certeza este ambiente y las reacciones son claras: o copiar con rapidez y eficiencia y ponernos a su altura ("nuestras autopistas son tan buenas como las alemanas"), aún a costa de destruir nuestra más íntima riqueza, nuestro ser, o revolvernos contra todo y echarnos en brazos de algo que nos permita, cuando menos, el placer de la revancha ("si no respetáis nuestra forma de ser os asustaremos con nuestra postura").

Estas dos concepciones quedan sostenidas, a grandes rasgos y salvando inexactitudes, por dos estamentos sociales dirigentes: los que se encuentran situados y los que desean situarse. Los primeros ignoran al pueblo porque es difícil comprender y ayudar a los demás cuando el bienestar o el poder adormecen la función vital de una cultura. En determinados casos se apela al pueblo para no caer del poder o verse privados de los privilegios. Los otros, los que desean situarse, necesitan apoyarse en el pueblo para conquistar el poder, que —dicen— compartirán una vez conseguido, idea más sugestiva y más "positiva" para el pueblo. *Ni unos ni otros caen en la cuenta de que ese "pueblo" —extraña y poco real abstracción— una vez envenenado, barrerá a ambos con la misma indiscriminación con que un huracán abate toda clase de árboles que encuentra a su paso.* Es el justo pago a la falta de respeto con la que puede tratársele.

El "pueblo", en nuestros países, es sin duda el depositario de la tradición cultural y conserva una vitalidad no por adormecida, muerta. El abandono físico y económico en que se encuentra; el bajo nivel de instrucción, la falta de capacidad para asimilar en su recto sentido los adelantos del progreso material, lo hacen apto para tomar partido por las soluciones radicales y aparentemente fáciles y rápidas. Todo es cuestión de tiempo. Si este desequilibrio se acentúa y la incorporación a la vida nacional se realiza al margen de esa tradición cultural, es muy fácil que nos veamos abocados a las más graves y catastróficas convulsiones sociales.

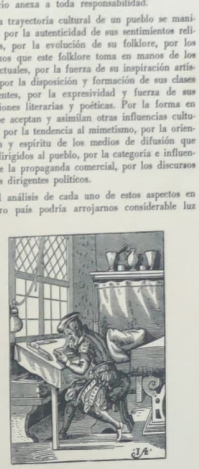
Este agudo problema de una minoría dirigente que se desvincula de la tradición cultural de su patria, no es nuevo ni sorprendente: ha sido tónica general desde el imperio del racionalismo, y ya podemos estar en condiciones de superar posturas históricamente fracasadas.

Aquellos que inconsciente o maliciosamente intentan hacer tabla rasa de la mística que durante siglos ha sido el sostén espiritual de un pueblo, deben tomar conciencia de que provocan un suicidio masivo, y de que nuestros pueblos, no admirablemente críticos a la mediocridad de una filosofía pragmática, buscan mucho más allá de un nivel medio de vida. Buscan justamente la razón última de su existencia y su mística no encuentra fácilmente sucedáneo. Analícese, si no, la fuerza de la pasión política, la frecuencia del crimen pasional, la forma en que se expone la vida o se lucha por una idea. Todos estos aspectos, sumamente positivos cuando se hallan equilibrados por una cultura, por un cultivo del espíritu, que da sentido a todas las situaciones de la vida, se convierten en fuerzas puramente destructivas cuando sus objetivos próximos se presentan con caracteres de algo absoluto.

La misma vitalidad de una cultura, cuando no está orientada o no encuentra la salida armónica a su necesidad interior, rompe explosivamente en cualquier sentido, y los daños, muchas veces son irreparables, por lo menos en varias generaciones. De aquí que todos aquellos que aceptan, desean o se preparan para una responsabilidad dirigente en su país se encuentren en la necesidad de ser los primeros en estar injertados en las raíces culturales de su patria, entre otras cosas, para que encuentren una razón de ser en la responsabilidad que se imponen, y de ahí se derive la función de servicio anexa a toda responsabilidad.

La trayectoria cultural de un pueblo se manifiesta por la autenticidad de sus sentimientos religiosos, por la evolución de su folklore, por los caminos que este folklore toma en manos de los intelectuales, por la fuerza de su inspiración artística, por la disposición y formación de sus clases dirigentes, por la expresividad y fuerza de sus creaciones literarias y poéticas. Por la forma en que se aceptan y asimilan otras influencias culturales, por la tendencia al mimetismo, por la orientación y espíritu de los medios de difusión que van dirigidos al pueblo, por la categoría e influencia de la propaganda comercial, por los discursos de los dirigentes políticos.

El análisis de cada uno de estos aspectos en nuestro país podría arrojarnos considerable luz



sobre nuestra situación real. Venezuela situada en la tradición cultural de occidente, pueblo que se halla a las puertas de una presencia efectiva en el mundo, lleva en su interior la potencia de una cultura que es esperanza de renovación y vida. Es, entonces, función intelectual cristiana recoger la vitalidad de este pueblo, proyectarla en valores universales y no permitir que se agote en la búsqueda de caminos que no conducen a nada.



pórtico universitario

EL APOYO SOLIDARIO

Hemos podido apreciar durante el transcurso del último mes, cómo la prensa capitalina ha desplegado en casi su totalidad una campaña llamada a tocar puntos de vital importancia dentro de la realidad universitaria. Sobre todo, se ha mantenido al rojo vivo la cuestión de la huelga universitaria, que fue decretada con carácter de indefinida.

Es de todos conocida esta última huelga de la Universidad Central. Sus causas, sin embargo, unos las conocen, y otros no. Ahora bien: si estas causas corresponden a un concepto de justicia, que haga que todo transcurra en un clima de justas reivindicaciones, eso escapa a los límites de este artículo. Sin embargo, sí queremos entrar a analizar brevemente la gruesa problemática apuntada en torno a la huelga.

El hecho claro es que por desavenencias entre profesores y alumnos hemos caído una vez más, en lo que dentro de poco —si no ya— se ha de constituir en constante universitaria.

Esta constante —el paro— en el último mes tuvo la característica de ser solidario; adjetivo digno de respeto, que lleva en la mayoría de los casos a obtener los fines que se persiguen. *Es ideal que los paros sean solidarios y no imposiciones de minorías con intereses extrauniversitarios, cosa que ha imperado en nuestra Alma Mater.*

En la huelga de comienzos de curso se acordó en relevante "solidaridad" el apoyo a los aspirantes de Medicina, usando como medio de apoyo la no asistencia a clases, ni la presentación del examen de admisión. Los aspirantes presentaron el examen y los alumnos fueron a clase, siendo devueltos más tarde por los comités encargados de vigilar la solidaridad. En este último paro, también la cosa reviste carácter de solidaridad, produciéndose dentro de los pasillos la misma escena de los días anteriores; fueron selladas las clases, pitados los profesores y devueltos los alumnos a sus respectivas casas, por algunos huelguistas que cuidaban las puertas.

Entendámonos Señores: En una Universidad donde se pregona a los cuatro vientos la igualdad y sobre todo la *libertad, ¿se puede llamar "solidaridad" al hecho de cerrar y vigilar las clases para que la gente no entre? Es el mismo caso de que se dejara libertad para no hacer una cosa y dejar de hacerla.* Si el paro es solidario, nadie va a clases; y, entonces, ¿por qué fueron a clases?

¿Por qué cuando la huelga ya había sido decretada, más de la mitad de los estudiantes no sabían qué ocurría en la Universidad a esas horas?

¿De qué le valió a los Sumerios haber expresado por primera vez sus distintos puntos de vista? ¿Vamos acaso en retroceso?

¿De qué vale la tan nombrada dialéctica, si no se usa?

¿Por qué, como solución externa al problema, no se realizó un referéndum, donde se pulsaran los diversos puntos de vista?

De aquí surge el problema: Se están tergiversando conceptos. Y a este paso, acabaremos por cerrar la Universidad Central con apoyo "solidario" del estudiantado. El error está, no en el móvil de la huelga, que como habíamos dicho anteriormente cae dentro de los campos de lo opinable, sino más bien en el modo como se ha querido plantear la situación, en tanto los organismos estudiantiles remontados a otros mundos elaboran tácticas a seguir, planean, organizan, etc... *pero no escuchan.*

¿Por qué no se hace una revisión de los centros y otros organismos estudiantiles? No aconsejamos su abolición, sino más bien su reforma. Es imperioso que se ventilen estos temas dentro del campo de nuestra Universidad, para lograr así una bien lograda representación estudiantil, y unos organismos estudiantiles realmente funcionales.

Recuerden, señores delegados de Centros, que el concepto de *Tiranía* no es bien recibido en nuestro medio, como no lo es en ningún otro donde hay afán de verdad y libertad, y conciencia de dignidad humana; y tiranía es el gobierno de unos pocos, de un grupo divorciado de los intereses que representan, que conducen sus organizaciones, "con apoyo solidario", a la playa de los intereses personales.

LUIS M. FERNANDEZ

MEDICINA RURAL PARA LOS MEDICOS

> "LOS ESTUDIOS DE NUESTRA UNIVERSIDAD PUEDEN POSEER CON EL TIEMPO UNA SEGURA BASE CIENTIFICA, PERO ¿SALEN DE NUESTRAS AULAS MEDICOS?"

Definir la misión del médico no es fácil. Los múltiples intentos hacia el logro de esa definición, han llevado a un retrato parcial de algunas funciones que aquéllos deben desarrollar. Pero se ha olvidado un examen sobre la verdadera misión de la Medicina; olvido que hace arrastrarse por canales que evocan la duda sobre su carácter específicamente médico. La Medicina, tal como se va implantando en la enseñanza, va tomando cuerpo científicamente; pero ¿la Medicina es exclusiva o principalmente una ciencia?, ¿no se está hipertrofiando un miembro, mientras se atrofia el resto del cuerpo? *Esta incompleta y discutida realidad sobre la meta que se debe conseguir con el ejercicio médico, trae como lógica consecuencia una deficitaria formación en aquellos que empiezan a recorrer el camino de los estudios hipocráticos.*

El enfoque dado a los estudios de la especialidad médica en nuestra Universidad es principalmente científico. El que la realidad difiera del enfoque teórico es punto que no nos proponemos discutir en este artículo. Pero la realidad refleja una preocupación exclusivista hacia el terreno científico y un olvido de la parte que podríamos llamar humanística o humana.

Aquí aprendemos a pensar según el fenómeno de la clasificación de que nos habla Abel Sánchez Peláez en su libro *La gente y la mente*; el nombre del paciente —por ejemplo— no importa, lo que tiene valor es el caso. En los exámenes de materias clínicas, *después* de dar una hora o más al alumno para hacer una historia clínica, al empezar el interrogatorio, el jurado instintivamente empieza preguntando: "¿qué tiene el enfermo, bachiller?" Hay servicios quirúrgicos —por ejemplo— donde los pacientes van al pabellón (quirófano) sin la más leve indicación de haber consultado su historia o haberla hecho.

Los estudios de nuestra Universidad pueden poseer con el tiempo una segura base científica, pero ¿salen de nuestras aulas médicos?

Consecuencia de esta educación recibida es la actitud colectiva, sin intervención de demagogias políticas, hacia la obligatoriedad del postgrado en medicaturas rurales. De la medicatura rural, una vez con el título de médico-cirujano debajo del brazo, se huye con más terror que de la peste. Los estudiantes no quieren saber nada de la medicatura rural. ¿Por qué? Las razones defensivas son convincentes, aparentemente: falta de condiciones materiales en las medicaturas, ignorancia médica al graduarse, necesidad de la especialización, etc. El estudio rápido y superficial de las razones aducidas mueven al apoyo moral hacia los recién egresados o todavía estudiantes. No se puede ejercer sin material o sin conocimientos, y esto no es discutible bajo ningún aspecto. Excavando un poco la tierra que oculta la verdad, se llega a ésta y con ello al rechazo de todas las razones hasta ahora consideradas como convincentes. El estudiante sabe —debe saber— que no todo enfermo llegado a la medicatura rural puede y debe ser tratado en ella, sino que hay enfermos que deben trasladarse (la medicatura rural no necesita de hospitales de once pisos); sabe que su función directa está reducida a enfermedades factibles de atacarse; que tiene una misión educativa, preventiva y organizadora; que sus conocimientos se deben ampliar precisamente a través del ejercicio; que los medios materiales, si no los hay, los puede haber.

No se trata de un razonamiento equivocado, ni de una confusión de ideas, la postura adoptada por nuestros universitarios. Se trata de una disposición interna, de una consecuencia lógica de la educación recibida. La Medicina si es una ciencia, no se puede practicar en el llano o en las montañas —dicen—; allí sólo puede ejercerse la brujería. Es curioso contemplar la ilógica demagogia de los politiqueros estudiantiles que enorgullecen nuestras aulas: son portadores de una "gran inquietud social". Lo social se resuelve con palabras que perdieron su belleza primitiva —si la tenían— tras la monótona repetición y el elevado tono con que se emiten; ésta tiene que ser forzosamente la conclusión a que se llega al contemplar sus reacciones.

Si la medicatura rural tiene una razón de ser, ésta es precisamente el fundamento social de la Medicina. Por muy científica que se quiera crear, la Medicina no podrá olvidar su canal social so peligro de degeneración. Puestos en este punto de vista, es comprensible la postura del estudiante ante el problema, ya que no descubrió esta faceta en la Universidad, pero ¿y los políticos? Los grandes defensores de la "justicia social" parece que no ven las cosas así. "La Medicina —dicen— ¿hay que ejercerla en los medios rurales? Qué va". Y tienen razón, sólo parte de la razón, porque estamos en Venezuela y hay que pensar en venezolano.

PEDRO P. PEDRERO

la labor intelectual



Hay quien ha dicho: *"Los hombres se distinguen por lo que quieren ser, necesariamente limitado a lo que pueden ser, que a su vez, nos remite a lo que han sido, es decir, a lo que son todavía como fundamento de lo que pueden ser".* En efecto, las distintas aspiraciones —querer ser— nos brindan una cierta jerarquía entre los hombres que nos permite distinguirlos entre sí. Pero el querer ser no es el todo; por un lado lo limitan unas cualidades y por otro posibilidades nacidas en una actitud pretérita. Constantemente el hombre, ya consciente, ya inconscientemente, se está predeterminando con respecto de su actuación futura. Además de este condicionamiento personal, existe otro, impuesto, donde la libertad en nada interviene, y que vemos claramente: el hecho de nacer en una determinada familia y país, trae consigo un tipo de educación, un lenguaje, un medio ambiente, sin que hubiéramos tenido la oportunidad de escogerlo. Así, poco a poco, como una maraña de hilos muy finos, los grandes sucesos, casi siempre escasos, y los pequeños detalles van tejiendo en el devenir del tiempo las posibilidades en que se va a concretar el futuro.

Aquí interviene la libertad. Esta ni es omnímoda ni puede ser considerada como tal. La libertad está circunscrita a la situación. El hombre de criterio capta esa situación, determina lo que le es impuesto, y lo que puede imponer, insertando, entonces, su libertad entre la circunscripción que la situación impone. Así crea su futuro. Por esto, *los hombres de criterio ni se forman en un día, ni son producto del trabajo esporádico, preñado de frívola superficialidad.* Sino que al contrario resultan de la labor intelectual desarrollada con continuidad y hondura. Son el resultado del hacerse, generosamente, al cumplir con su deber en esos pequeños detalles, que por pequeños son muchos, y llenan la vida de los hombres.

Los "quijotes" que sueñan con un mañana en el que el mundo estará rendido bajo la lanza de su prestigio, fácil y sin esfuerzo, prestigio que por su inteligencia no podían menos que obtener, "quijotes" quedan. Y mientras burguesamente se alerargan en la cómoda visión de su futuro, van dejando pasar, escondidas, las oportunidades de construirlo. Se olvidan de que no hay cosecha sin siembra. La inconstancia en el hacer de cada día sólo deja como fruto el sabor amargo y triste de la mediocridad.

Hoy, con más vigor que nunca, se hace necesario un combate encarnizado, una guerra a muerte a la mediocridad, a lo imperfecto, a todo aquello que deja flotando a su alrededor un ambiente de vagancia y de superficialidad intelectual. Hay que revalorizar lo pequeño, lo cotidiano, lo de cada día.

Con urgencia se hace cada vez más necesaria una toma de conciencia del problema que presenta la crisis de valores intelectuales.

Y es el universitario quien está llamado a resolverlo. Es necesario que nuestro universitario adquiera la preocupación por una sólida formación cultural; que erradique de una vez por todas el vaivén y los altibajos de la inconstancia, que se enfrente con reciedumbre y resuelva, a través de la hondura de criterio adquirida, las necesidades que se le plantean. Sólo así se hará digno del título de universitario, que más que un simple diploma adquirido por prescripción, supone una altura intelectual, que puesta al servicio de sus semejantes, sea capaz de ayudarlos y alumbrarlos con nuevas luces.

NELSON GEIGEL LOPE-BELLO

El hombre y su vida, lejos de constituir un todo de momentos cuyas partes disgregadas se han unificado en él por causa del azar, forma un conjunto en maravillosa unidad de mutua dependencia, en el que lo que es, lo que todavía no es y lo que ya fue se condicionan e influyen en una determinación radical. La vida del hombre no es la mera reducción del acontecer de su actuación comprendida entre el nacer y el morir. Ella no se concreta a un mero presente; el ya y el ahora no son lo único que cuentan. Tampoco podemos creer que la totalidad del existir humano se reduzca a una suma más o menos numerosa de actuaciones, suma en la que se considera a estas actuaciones como independientes, como compartimientos estancos sin ninguna relación de interconexión.

Toda explicación de la existencia que apele al pasado como lo que fue, al futuro como lo que no es todavía y considere al presente como lo único real, no ha captado en toda su profundidad la complejidad de la vida.

El presente guarda una relación existencial con el pasado. Los hechos en la vida del hombre y de la humanidad no se circunscriben a un mero sucederse, y luego, adicionados, producen la totalidad de la existencia. No; ellos se conservan acumulándose entre sí, y ambos van a condicionar el futuro.

el comunismo: Filosofía Precaria



Hemos prometido considerar, con serenidad y sin apasionamiento, en qué medida la doctrina comunista puede ser llamada una filosofía. No vamos a incurrir en el tópico fácil, de la frase incisiva que como estilete invisible, se infiltra en la estructuración mental del lector, para cortar furtivamente los tendones que prenden —aunque sea débilmente— la concepción comunista de la vida del hombre y del saber del ser. Preferimos hacer un planteamiento racional y consecuente del tema, aunque sea sólo en su fase preliminar, para colocar al lector en el umbral y dejarle después que el sólo se adentre y vea lo que allí está y estará siempre, a pesar de que se volvere y se niegue a entrar.

De ahí que lo primero que tengamos que sentar para abocarnos en el tema, es lo que entendemos por filosofía y por conocimiento científico. Mas en esto, como en tantos otros conceptos, rampoco podemos cometer la torpeza imperdonable, de considerar solamente la acepción vulgar siempre empobrecida por el uso y el abuso, olvidando el tratamiento científico.

Hemos de admitir, porque es la más universal de las concepciones sobre el tema, que el conocimiento es científico, cuando se ha validó de todos los medios que ofrece la razón auxiliada por la experiencia para encontrar una verdad, y cuando en esta investigación ha habido método y disciplina con el saludable temor positivo de equivocarse, y con el encomiado esfuerzo para evitar que así suceda. Y así, por ejemplo, nunca podrá ser científica la conclusión: "sólo lo sensible es cognoscible" por cuanto condiciona de modo excluyente la posibilidad de conocer a la experiencia de los sentidos, aparte de que tal afirmación es en sí misma una contradicción, por forzarnos a admitir un axioma, que en modo alguno puede ser conocido por los sentidos.

El campo vulgar del conocimiento científico podrá parecer que abarque solamente los fenómenos o percepciones sensoriales; mas el campo científico, si admitimos la acepción más universal de conocimiento científico a que nos hemos referido, no podrá ser con tal marcada exclusividad, y deberá extenderse por tanto a todo lo que cabe dentro de la potencialidad de conocer de la razón humana. Y en este sentido siempre que seguimos un razonamiento lógico metódico, contrastado constantemente con los principios de contradicción o identidad, y llegamos a deducciones y consecuencias, hemos conocido científicamente.

En la medida que se diversifican y enriquecen los objetos de conocimiento, se multiplican las ciencias. Mas siempre habrá una ciencia de las ciencias, saber de saberes o saber de los modos de ser, que se llama filosofía.

También aquí puede entrar la concepción vulgar. Por esto se dice muchas veces, con bastante ligereza de lengua, que una filosofía es una manera de pensar, una manera de conocer, una manera de creer, o una manera de vivir.

La filosofía no puede ser más que la manera de saber del ser o de los modos análogos del ser. Y aunque queremos llamar filosofías a todas las operaciones señaladas de la mente humana, siempre habrá una inexcusable llamada al querer saber de nuestro entendimiento y que tiene que parecernos la más elevada, y la que pretende penetrar en lo más hondo de la realidad, que se aboca con todas sus energías al saber del ser, para llegar a poseer un por qué sabido.

Por esto tenemos el derecho de exigir a una filosofía, mucho más que la pragmática de un modo de vivir o un modo de pensar y creer, aunque tenga el amparo cautivador de una aparente experiencia que se empeña en mostrar que no ha sido frustrada. A una filosofía hay que podérselo preguntar todo, tiene que tener una respuesta para todo, y no puede ser una respuesta cualquiera, como la que se da al niño preguntón cuando roza un tema que la prudencia aconseja permanezca todavía en su ignoto.

Es más fácil mostrar a los sabios un nuevo campo del saber, que entregar toda la verdad limpia y completa a los ignorantes. De ahí que hayan penetrado con tan lamentable fecundidad, las filosofías precarias que son el último coletazo de la baja ilustración. Es fácil construir frases ilusorias para el pueblo ignorante y hacerle creer que sabe lo que no sabe. Es hasta halagador para ellos, creer que son capaces de aprender inglés en cuatro días.

El sabio sabe lo que ignora, mientras que el ignorante, ignora lo que no sabe. Y esta es la razón fundamental que les distingue, porque para ser sabio no es tan necesario saber de algo, sino más bien saber que hay mucho por saber. Y el ignorante más impertinente no es el que simplemente no sabe nada, sino más bien el que no sabe que no sabe. El primer deber de la instrucción pública es dar a conocer al pueblo que el conocimiento científico y filosófico requieren alta preparación y perseverante disciplina, y que sin ello, no es posible sentar cátedra de verdad.

En cuanto al comunismo —volviendo al tema— leemos en Engels, Lenin y Stalín: "El más importante problema de toda la filosofía es el problema de las relaciones entre pensamiento y ser, entre espíritu y naturaleza". Según esta afirmación dividen entonces a los filósofos en idealistas y materialistas.

Tan sólo al comenzar su exposición, a los tres clásicos del comunismo (salvo exclusiones), se les escapa por completo la consideración exhaustiva racional, y por tanto científica del problema filosófico. En efecto, aunque se separe la realidad fuera del pensamiento, no se puede desprender de ahí que tal realidad sea exclusivamente material. Ahí es donde los comunistas, comienzan sentando su primer dogma.

Sabemos por experiencia que los hombres somos especialmente receptivos a todo lo que toca nuestra dimensión material. La fuerza gravitoria de la materia condiciona nuestra existencia y se apodera a veces de nuestro ser con tanto apasionamiento, que nos impide elevarnos por otros ámbitos que circunscriben también por naturaleza nuestro contorno existencial. De ahí que el materialismo dialéctico haya penetrado con tal pasmosa facilidad en las masas ignorantes. Porque, en todos los aspectos vitales que marcan nuestra línea de contacto con el mundo material e histórico, el materialismo dialéctico no vacila en desplegar con profusión frases cortas y abundantes cuajadas de sentido común, que cual subliminales de propaganda, penetran el subconsciente indefenso del hombre vulgar.

"La sabiduría es algo útil", "es necesario escoger entre blanco o negro", "lo que es verdad es absolutamente verdad", sabemos efectivamente algo acerca del mundo material y podemos saber todavía más", "hay una diferencia fundamental entre una piedra y un hombre", "el espíritu está unido al cuerpo de alguna manera . . .", etc.

Todas estas frases se apoderan fácilmente del hombre común, haciéndole creer que está produciendo filosofía, mientras no pasa de estar realizando un sencillo ejercicio del sentido común. Algo así como el ejercicio que recomiendan los psiquiatras a los perturbados mentales, a quienes hacen repetir para convencerles: ". . . yo no soy Napoleón, yo no soy Napoleón".

Y no podemos ser partidarios de los que dicen que la filosofía es sentido común. No basta, para ser filósofo, hablar con sentido común de los últimos problemas del ser y del hombre. Si así fuera, todo hombre de sentido común sería filósofo. Y lamentablemente aunque hay pocos hombres con sentido común, los hay muchos menos que son filósofos.

Como debemos ser objetivos, es necesario distinguir entre verdad y doctrina filosófica. Es decir que aparte de la verdad o error que tenga el comunismo, queremos fijarnos solamente en el nivel científico o filosófico de sus tesis. Y esta es efectivamente la línea que hemos seguido en esta corta exposición.

La mal llamada filosofía comunista, no pasa de ser una retahila encadenada de sentencias que en lo que tocan al hombre y al mundo pueden incluso en algunos momentos estar impregnadas de sentido común; mas, cuando tratan de penetrar el conocimiento y el ser como tales, y de fundamentar las realidades de la naturaleza, carecen por completo de carácter científico por cuanto el objeto nunca es tratado con la metodología universal para conocer, que permite a la razón desplegarse hasta donde le es posible, para contestar siempre la aguada interpelación del porqué.

VICTOR ROMANO

¿es que hay lucha de clases en la universidad?

Nuestra Universidad marcha mal. Para percatarse de esta realidad no hace falta hacer estudios muy profundos. En el momento de disponerme a escribir estas líneas, la U. C. V. está en huelga y sobre el tapete la amenaza de extenderla a las demás universidades del país. No hace mucho tuvimos otro paro. La prensa capitalina viene descargando su peso, exigiendo sentido de responsabilidad y ética, sobre las autoridades universitarias. Un destacado profesor, ex-decano, acaba de hacer públicas unas cartas reclamando el cumplimiento de la ley, por parte de las autoridades que la suscribieron. Mientras esto acontece, no se ve ningún esfuerzo encaminado a buscar alguna solución definitiva; a lo sumo, nos conformamos con un parche para cada hueco.

En el número anterior de VERTICE, el doctor Enrique Pérez O. planteaba algunos puntos de fondo que son lastre en nuestra universidad; hoy, podemos anotar otros más visibles pero que, sin embargo, es necesario tomar conciencia para poderlos enfrentar y superar, si en verdad queremos enrumbar nuestros máximos centros de estudio por caminos que conduzcan a algo positivo.

La "lucha de clases" que sirvió a los grandes teóricos del marxismo para elaborar sus teorías político-sociales que tan duras consecuencias han acarreado a la humanidad, se va imponiendo en nuestras relaciones universitarias. Esta siembra maldita de odio está arraigando en demasiados hombres universitarios.

En la escuela de Historia, me informaban hace unos días, han orientado todos los trabajos de investigación histórica a través de la lucha de clases, independientemente de la época que sea motivo de estudio. Al parecer, este sistema de enfocar las cosas no sólo se ha impuesto en la citada escuela sino que muchos lo están adaptando como principio de toda convivencia social. En el marco universitario no se enfrentan "proletarios explotados" contra "burgueses explotadores", sino simplemente estudiantes contra profesores. ¿Por qué? Muy sencillo: en toda sociedad debe haber lucha de clases y —los *dogmas* no se discuten—.

Lo peor del caso es que esta realidad que salta a la vista, pasa desapercibida por muchos; de no ser así no se habría impuesto, ya que la gran mayoría de los universitarios no aceptamos estas teorías que repelen por antinaturales a cualquier hombre normal. Sin embargo, la realidad nos confirma que las estamos practicando.

En nuestra —tu universidad— se ignora lo que significa diálogo universitario entre estudiantes, entre profesores y entre estudiantes y profesores. El profesor, para muchos, es el hombre que nos puede "fregar"; los alumnos, para muchos profesores, los "bichos" que no queda más remedio que lidiar. Malas posturas son estas donde se den, y mucho peores cuando hallan cobijo en una institución que por su misma esencia reclama unidad, compenetración, convivencia.

Algunos afirmarán que exageramos; en todo caso será lo contrario. Pensemos un poco cómo se desarrollan normalmente nuestras relaciones dentro de la universidad: compañerismo, trato con profesores, inquietudes para mejorar la institución, cómo resolvemos nuestras dificultades, etc., etc. Muy pocas veces buscamos la solución de los problemas estudiantiles a través del diálogo. Al no existir una comunicación habitual —fruto de una armoniosa convivencia— es difícil que al presentarse un problema, situación crítica, se encauce por donde normalmente deben ir las cosas. Y en el fondo, repetimos, son muy pocos los que desean una forma irracional de actuación; unas docenas, si llegan, son los que se han impuesto esta tarea destructora mientras que miles hemos pecado de omisión, dejándonos conducir pasiva e irreflexivamente, sin intentar siquiera cambiar el rumbo de los acontecimientos de acuerdo con lo que deseamos según nuestra concepción de la vida y de la universidad.

Es urgente que procedamos a revisar cuales son nuestros conceptos con respecto a la Universidad; puede ocurrir, y es posible que así sea, que no sepan muy claramente lo que la Universidad debe ser, o lo que ellos mismos quieran que sea. Hay muchas definiciones sobre lo que es una Universidad; sobre este tema existe una vastísima literatura, que abarca desde las más eruditas investigaciones circunstanciadas, hasta un sinnúmero de ensayos generales o especulativos. Pero hay una característica en la que todos concuerdan: *La Universidad es comunidad de profesores y alumnos*. Esta es la piedra de toque, el denominador común de cualquier institución que pretenda ser universidad.

Mientras no comprendamos que lo que nos hace falta es formar una unidad armónica, raíz del dinamismo que ha hecho decisivas a las universidades en la historia, seguiremos poniendo parches y más parches, imposibilitando de tal forma el quehacer universitario que resultará imposible el conseguir nuestro fin.

JOSE SERRA B.

LAS TRES ENTREVISTAS
sobre la cuestión docente

Primer día de clases. Un estudiante de Ingeniería se asoma, ya con el pelo rapado —eso se lo hicieron en el pasillo—, encuentra la puerta abierta, y penetra en el aula, todo azorado. Ya va a comenzar la función . . . (casi, casi que se apagan las luces y todo). Un clarín anuncia la salida del profesor: ¡clase de "complicalítica"! El susodicho profesor mira al público, y cuando parece que va a comenzar a hablar, para dar una visión de conjunto de lo que pretende explicar a lo largo del año, ¡paff!, se voltea el pizarrón. (Ni modo con estos profesores). Tiza en mano, escribe un bojote de fórmulas, que va explicando o mencionando —llamándolas por su nombre— a medida que escribe; así estamos durante media hora, al cabo de la cual enciende un cigarrillo, para continuar. Al faltar diez minutos para terminar la clase, se voltea, sí, al público, dice que esa es la materia correspondiente al día, amenaza con una imponente raspazón, y se devuelve por donde mismo había entrado. ¿Eficacia?

Este es el motivo, planteado superficialmente, de las entrevistas a Humberto J. La Roche, Aristides Calvani y Joaquín Marta Sosa, que a continuación presentamos. "Vértice" ha ido a preguntarle a estos señores, uno secretario de la Universidad del Zulia, otro profesor de la Universidad Católica Andrés Bello y de la Universidad Central de Venezuela, y el tercero, estudiante de la Central y miembro de un centro de estudiantes, nada menos que su opinión en torno a la cuestión docente. Es decir, en torno al nivel, fines, métodos y realizaciones de nuestro profesorado. Y esto porque creemos que escasean como las arriba pintadas es lógico se den en nuestra Alma Mater. Con profesores de ese estilo, y con alumnos del estilo que a veces nos gastamos, francamente "estamos hechos". Es por ello que la revisión del tema se nos impone, con objetividad, con sinceridad y sin ánimo de herir a nadie, porque el decir la verdad no ha de herir sino estimular a la rectificación.

Las entrevistas han pretendido, entonces, traer sobre el tapete los distintos puntos de vista que puedan existir, para que el lector calibre y juzgue desapasionadamente (esto no quiere decir desinteresadamente; aquí el que no se interese está muerto). Presentan, por ello, un conjunto de ideas muy interesantes que pueden revelar aspectos inéditos de la cuestión. Nos suele suceder que a fuerza de criticar una cosa, terminamos por encasillarnos, no viendo otro punto de vista que el que hemos venido sosteniendo, bien sabe Dios por cuánto tiempo. Y cuando se trata de la valoración de problemas humanos no podemos permitirnos el lujo de juzgar parcial y subjetivamente; por el contrario, hemos de confrontar el mayor número de opiniones para lograr así, después, un juicio claro y balanceado, capaz de dar pie a que se construya encima de él.

Construir es la tarea primordial, y a la vez, la meta personal e intransferible de todo universitario (y no porque todos estudiemos Ingeniería o sigamos cursillos de capacitación de maestros de obras). Nuestra propia vocación universitaria ha de movernos a sacar bienes de los males, y a aplicar soluciones a los problemas, sobre todo, cuando éstos revisten carácter de urgencia.

Quedan pues, aquí, estas ideas, a la espera de algún astuto cazador, inconforme por lo escaso de los resultados de la caza anterior, e inquieto por un futuro que hemos de ir haciendo desde hoy.

EL PROFESORADO ANTE LOS PROFESORES...

Humberto J. La Roche

secretario de l.u.z.

> **La Universidad es obra de todos los que vivimos y convivimos en su seno.**
> *Humberto J. La Roche*

En el despacho del doctor La Roche, una mañana de grueso sol maracucho, *Vértice* se ha dado cita con el Secretario de nuestra Universidad zuliana. ¿Propósito? Queríamos preguntarle acerca del profesorado universitario, para traer ante nuestros lectores —ustedes— sus puntos de vista. Después de un breve momento de conversación y pensando en que nos leerían con impaciencia hemos pasado al grano.

—¿Qué misión cree usted que deben desarrollar los profesores universitarios?

—La misión del profesor universitario está directamente conectada con los objetivos fundamentales que persigue la Universidad. Podría encerrarse en este triple aspecto:

a) *Labor docente:* Contribuir a la preparación de profesionales capacitados con una formación completa e integral.

b) *Investigación científica:* Ampliar el conocimiento científico mediante la investigación permanente.

c) *Extensión universitaria:* Auscultar los problemas e inquietudes de la comunidad social en donde la Universidad vive y se mueve a través de su enseñanza.

Es este el triple compromiso del profesor universitario para con el Alma Mater. Si traiciona este compromiso no podrá cumplir su misión.

—¿Con qué medios se debe entonces contar, para facilitar al profesorado el cumplimiento de su misión?

—El perfeccionamiento de la técnica y los avances del conocimiento científico son tan grandes actualmente, que se impone un inmediato reequipamiento y adquisición de material científico y bibliográfico, que ponga a la Universidad en disposición de marchar al compás del formidable avance científico y tecnológico del momento. También debe crearse las condiciones de trabajo que atraigan y afiancen al personal técnico-científico. Una justa y equitativa remuneración es medio indispensable para compensar en la medida de lo posible el esfuerzo creador del profesor y evitar que los problemas económicos no absorban y distraigan el cumplimiento de sus deberes y funciones.

—Después de lo que nos ha dicho, ¿cree que se está cumpliendo a cabalidad con esa misión?

—Hay conciencia formada en el país de que la enseñanza universitaria no rinde lo suficiente y que la investigación científica no ha llegado al grado de desarrollo que le debe corresponder. Verdad es que, en estos aspectos no se ha recorrido el camino trazado, pero se hacen esfuerzos orientados a lograr esos fines.

—En una encuesta dirigida por *Vértice* —aparecida en el Nº 4— la gran mayoría de las contestaciones sostuvieron que los profesores no ayudaban a mantener la ilusión profesional. ¿Podría darnos su impresión sobre este resultado?

—La apreciación no es equivocada, pero sería exagerado hacer recaer solamente sobre el profesor todo el peso de la cuestión. Concurren factores endógenos, que pueden también atribuirse al estudiante, y factores exógenos, que dependen de circunstancias extrañas a ambos elementos.

—¿Qué tiempo necesita un profesor universitario para poder cumplir su misión en la Universidad? ¿Debe dedicarse "tiempo completo" a la Universidad?

—La institución del profesorado a tiempo completo es la que más se ajusta a la verdadera misión de nuestro Cuerpo Docente. Sin embargo, deben señalarse casos excepcionales en asignaturas eminentemente prácticas, en las cuales el ejercicio profesional es condición "sine qua non" para impartir una enseñanza más eficaz.

—¿Cree usted que la falta de tiempo es el peor enemigo en el profesorado actual?

—No necesariamente. Hay circunstancias que oponen a veces escollos insorteables para el cabal cumplimiento de las funciones docentes.

—En la encuesta antes mencionada, el cien por ciento de las respuestas abogaron por la necesidad de la selección en el profesorado. ¿Le parece necesaria dicha selección?

—Indiscutiblemente. Los méritos son índices y cartabones que miden la calidad de un profesor. Al efecto, debe desterrarse el sistema del profesor burócrata, cuya autoridad deriva del nombramiento y reemplazarse por el profesor seleccionado mediante concurso. En cuanto al tipo de concurso, me inclino particularmente por el de credenciales, en donde el profesor "demuestre" y no "muestre" como ocurriría en el caso de la oposición.

—¿Qué condiciones, en su opinión, se deben exigir a los profesores universitarios?

—Alta jerarquía moral y científica, espíritu de sacrificio, sana orientación democrática y auténtica vocación de servicio.

—¿Qué virtudes señalaría como exponente del profesorado de la Universidad venezolana?

—Amor a la verdad, patriotismo, dignidad y espíritu de ecuanimidad, despojándose de todo sectarismo político, confesional o ideológico.

—¿Considera necesaria una mayor convivencia entre profesores y alumnos para la mejor comprensión y el desarrollo armonioso de las labores docentes?

—Personalmente conceptúo que el profesor debe bajarse de la cátedra, de la torre de marfil de su posición profesoral y percatarse de los problemas e inquietudes de los alumnos. Ello no quiere decir, sin embargo, que el profesor debe colocarse en el mismo plano del estudiante. Debe saber convivir con él guardando las distancias.

—¿Qué medios emplearía para conseguir ese acercamiento entre profesores y alumnos?

—Podría señalar el sistema de los profesores "guías" o "tutores" que prevé la vigente Ley de Universidades.

—*¿Qué opina de Vértice?*

—Que demuestra aliento, espíritu de superación y buena orientación en todos aquellos que contribuyen para su formación.

Continuamos —después de esa última pregunta— charlando un rato con el doctor La Roche. Hablamos de la Universidad, de sus problemas, y pudimos recoger, a modo de palabras finales, las siguientes frases:

La Universidad es obra de todos los que vivimos y convivimos en su seno. Una Universidad como la nuestra debe crearse mediante el esfuerzo constructivo de autoridades, profesores y estudiantes de buena voluntad. La Universidad venezolana está expuesta a las interferencias de la demagogia y de los prejuicios. Y la mejor forma de combatir esas lacras sociales es la sinceridad y el espíritu de responsabilidad. Estamos conscientes de los esfuerzos que se requieren para vencer esos obstáculos, pero que confiamos en nuestro éxito porque la victoria se alcanza a base de perseverancia y de abnegación, que son las que hacen la eficiencia. Pedimos, pues, colaboración, responsabilidad, sensatez en los planteamientos y, sobre todo, comprensión de la enorme responsabilidad que nos corresponde.



La Universidad se construirá en la medida en que todos aquellos que la integremos, comprendamos la altura, la importancia, la nobleza de su misión.

ITALO ALTIMARI GASPERI

Arístides Calvani

profesor de u.c.a.b. y u.c.v.

> **No hay comunidad universitaria porque no hay sentido de comunidad. No se sabe que la Universidad ha de ser comunidad, ni se sabe qué es comunidad.**

El reloj universitario está dando la hora: las seis de la tarde. El pasillo de la facultad está iluminado. Me asomo a la puerta de una de las aulas y por el cristal puedo ver dentro: el doctor Calvani se halla sobre la tarima, rodeado de alumnos, y el resto de los estudiantes del tercer año viene corriendo hacia la puerta. (Aquí tengo que apartarme; todos salen, excepto el grupo que sigue conversando con Calvani. Este gesticula y sonríe mientras habla; después saca un pañuelo que pasa sobre la frente.) Por fin, al cabo de unos minutos, me decido a entrar. La gente se va dispersando y Calvani se acerca a la salida. Logro hacerme ver: ¿se acuerda de nuestra cita, doctor? Por suerte, pude oír un sí, entre el conjunto de voces.

Diez minutos más tarde estamos en el salón de profesores. Calvani enciende un cigarrillo, y se dispone a contestar nuestras preguntas.

—¿Por qué no nos traza —preguntamos— a grandes rasgos, cuál es la misión del profesor universitario? (El lugar en cierto modo era el más apropiado, y en cierto modo no lo era: es difícil hablar de una persona en su casa.)

—La misión del profesor tiene que estar encuadrada dentro del proceso educativo. Creo que el error está en querer considerarla aparte, como autónoma. En todo proceso educativo es necesario distinguir dos aspectos: el proceso educativo sistemático o educación sistemática y el proceso educativo asistemático o educación asistemática.

El proceso educativo sistemático es el que comúnmente se confunde con el proceso educativo general. Y no es exacto, porque esta educación sistemática es la instrucción, o sea, la transmisión de conocimientos acumulados, en forma ordenada y coordinada, mediante estructuras específicas: clase, maestro, texto, libros, enseñanza, exámenes, etc. En cambio, el proceso educativo asistemático consiste en la transmisión de actitudes vitales, de perspectivas existenciales (Calvani vibra con lo que nos dice, a pesar del abrir y cerrar de la puerta, que pestañea sin cesar), de prismas al través de los cuales se considera la vida y el universo. El niño que se mueve en un hogar en que sus padres se aman con lealtad está aprendiendo asistemáticamente el sentido del amor y de la lealtad. La madre que enseña las primeras letras realiza una doble función: por una parte, instruye al hijo, y por otra, con su abnegación y su actitud lo educa en sus sentimientos y le forma el corazón. Por eso, siempre he considerado un error el hablar de educación neutra porque eso supondría un paréntesis vital por parte de quienes educan, y en cierta manera, contradice el proceso educativo mismo. Cuando una persona en una comunidad perdona las ofensas que le son inferidas, realiza un proceso educativo de hondo significado, más grande que cualquier transmisión de conocimientos propiamente dicha. Pero, quiero advertir que la educación cabal tiene que abarcar los dos aspectos. Si aplicamos estos principios al profesor, diremos que si se limita a transmitir simples conocimientos, por bien que realice su tarea, ésta quedará siempre trunca. Más aún: resulta un imposible un profesor que sólo transmita conocimientos, porque entonces su actitud ante la vida ya implica un proceso educativo asistemático, y el alumno aprenderá, sin percatarse, a disociar razón y corazón, vida intelectiva y vida afectiva. Engendra, por tanto, con su actitud, ya un tipo de hombres.

Después de este largo trecho de conversación, respira hondo, y se voltea, hablándonos desde el fondo de sus profundos ojos azules:

Para ser profesor y llenar los dos tipos de educación, sistemática y asistemática, se ha de tener un contenido humano vital y profundo. (Nos pareció que hablaba con hondísima convicción de quien se tiene la cosa bien sabida a fuerza de trajinarla).

Pasamos en seguida, a preguntarle otra vez:

—¿No cree que puede atribuirse al profesorado buena parte de la culpa de la convivencia universitaria?

—Como generalmente sucede en todos los errores discernibles en un grupo, la culpa no es de una sola persona o de un solo lado: hay una culpa colectiva; en efecto, sólo sería superable este error mediante el esfuerzo aunado de estudiantes y profesores. Creo que el defecto se hace más notable porque la educación asistemática que el medio nos ha ofrecido lleva implícita un falso concepto de la Universidad.

Añadió: No hay comunidad universitaria porque no hay sentido de comunidad. No se sabe que la Universidad ha de ser comunidad, ni se sabe qué es comunidad. Personalmente, siempre he propiciado la mayor vinculación de los profesores y alumnos, no sólo en clase, sino fuera de ésta.

—¿Existe, en su opinión, dentro del sector profesoral, una efectiva preocupación por contribuir a la formación integral del estudiante?

—Efectivamente, no la hay. Sin que con ello quiera echar sobre los hombres del profesorado toda la culpa, pues creo que también en ello tienen culpa los estudiantes. Un ejemplo: un profesor se halla frente a un grupo de alumnos muy exigentes o muy estudiosos; esa situación provocará en él, o la renuncia a la cátedra, o el propio esfuerzo por superarse, a menos que haya perdido toda la vergüenza.

(Nos contó a continuación los apuros que había pasado en bachillerato cuando enseñaba Historia Universal, y le tocó un curso de alumnos superinquietos intelectualmente; decía —riéndose con alborozo— "si no es por ellos no aprendo historia").

—¿Se estimula el afán de investigación desde la cátedra?

—El espíritu de investigación es de un grupo muy reducido y es una vocación muy especial. Así como la vocación de maestro es una vocación muy especial, así la de investigador. Quejarse de que la Universidad no fabrica investigadores en serie es un contrasentido: ni es su misión, ni podría hacerlo. Más aún, sería un error.

—¿Qué opina de *Vértice?*

—Me gusta. El defecto que le encontraría es el de ser demasiado intelectual. Creo que esto es necesario en la Universidad, pero al lado de ésta, tendrían un inmenso campo en un tipo de publicación menos elevado, en donde se pueda salvar el sentido educativo.

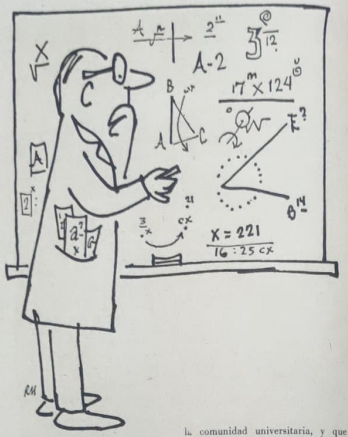
Después de conversar un rato con él sobre nuestra revista, nos despedimos dándole las gracias. A la salida, otra vez en el pasillo, ahora desierto, oí que estaba reunida una Asamblea de Centros, y me dirigí al edificio de la biblioteca, a informarme de los resultados.

Rafael Tomás Caldera Pietri

Y LOS ESTUDIANTES

Joaquín Marta Sosa

estudiante u.c.v.



El Estudiantado Habla Claro

En un día de huelga entrevistamos a Joaquín Marta Sosa, miembro del Centro de Estudiantes de Derecho de la Universidad Central. Apareció rodeado de gente entre la cual apenas se le distinguía. Conversamos en uno de los pasillos, sentados en un banco. Nos envolvía un ambiente de agitación dentro del cual, sin embargo, pudimos concretar nuestras preguntas.

—¿Te parece positivo el planteamiento de lucha de clases entre profesores y estudiantes que vivimos en la Universidad?

—La Universidad debe ser una comunidad; ahora bien, no como un deber ser ideal, sino como una realización concreta. Y uno de los objetivos de la Universidad venezolana es la constitución de un movimiento universitario de renovación estructural, espiritual y ético de las universidades. La exclusión de uno de los miembros de la comunidad o el enfrente de tales miembros, en principio niegan la posibilidad de una reforma substancial y niegan la Universidad, que no es una simple arquitectura sino, vida, acción y renovación.

—¿No crees tú, Joaquín, que buena parte de la culpa del proceso de desintegración que vive la comunidad universitaria la tiene el profesorado?

—Hasta cierto punto. El proceso de desintegración universitaria se produce por tres vías; en primer lugar, por la desvirtuación de la valoración universitaria; en segundo lugar, por la presencia de intereses foráneos a la Universidad que la quieren determinar, y por último, la inexistencia de una razón ética del ser universitario.

La responsabilidad de esta desintegración en esos tres aspectos conlleva responsabilidad profesoral, porque ellos son guías y deben construir con su ejemplo el habitat universitario; y no lo han entendido así. Por ejemplo, si el profesor universitario es esencialmente un maestro, en el sentido pleno del concepto, el estudiante no ha sentido la presencia de esa mano que moldea, que ilumina y mueve. Sin embargo, también a los estudiantes nos corresponde buena parte en la realización de esa crisis.

—En tu opinión, ¿se está cumpliendo una efectiva labor magistral por parte del profesorado?

(Aclaramos que labor magistral es no limitarse a exponer una materia en el pizarrón; que hay que dar visión de la asignatura, y visión del mundo a través de ella, en las que esto es posible; en todo caso, que el profesor ha de revelarse enseñando, para influir en los alumnos y orientarlos en la profesión.)

—Yo pienso que el profesorado universitario debe despertar sensibilidad y conciencia crítica. El estudiante de hoy se tiene que forjar un poco al azar esa sensibilidad sobre el acontecer universal. Y por otra parte, el profesorado, con excepciones honrosas, concibe su materia como lo más logrado en la disciplina, y cierra con esta visión los caminos de búsqueda, de análisis, de confrontación del estudiantado. La cátedra es una simple pauta, un iniciarse, y los estudiantes deben entenderlo así; mas así se realizará cuando el profesor también lo entienda de esa forma. La creación de conciencia vital, de posturas definitivas, que es corazón de una juventud entregada al destino que procure justicia; no se ha logrado cabalmente en nuestra Universidad. Sin duda, el profesorado debe reflexionar ante este hecho, que se circunscribe a sus deberes y por ello aumenta su responsabilidad .

—¿Has recibido orientación profesional en los estudios por el conjunto de profesores que te han dado clase?

—¡No! Ello está exento. La orientación profesional es un especimen exótico en nuestro arbitrario y desintegrado sistema educativo, del cual no escapa el profesorado en general. Soy de los muchos que han debido forjarse su propia exigencia vocacional levantada en caídas y en fallas.

—¿Qué opinas tú del utilizar la cátedra como vehículo de indoctrinamiento del estudiantado?

—Eso niega la postura de maestro del profesor, que es la de mostrar toda la gama de posibilidades y avivar el espíritu crítico en el estudiante. Por otra parte, el indoctrinamiento es antiuniversitario porque resquebraja dos valores: la libertad de cátedra que no es encerrar al estudiantado sino perfeccionarlo; y la autonomía que no es abstracta sino reflejada en cada miembro de la comunidad universitaria, y que significa no utilizar sino como arcilla sensible para un perfeccionar integralmente su condición humana y no para prepararla a que realice un juicio parcial y mezquino de una agrupación ideológica.

—¿Qué te parece el sistema de exámenes?

—En principio me parece que no es la mejor forma, pero el reformarlos conlleva la reforma de la concepción educativa en general. Por ello, el examen que es un instante y una tensión, porque decide un largo trabajo, podría substituirse por un ir realizando, en el transcurso de la labor escolar, pruebas y confrontaciones de la asimilación positiva por parte del estudiantado como forma de ir resolviendo sus fallas y no de negarlo por fallido, como es la situación actual.

—¿Qué opinas de *Vértice*?

—Ha llenado un hondo vacío en nuestros centros de estudio, y ha ido más allá: recogió inquietudes en su origen y siembra inquietudes en su presencia. Sólo recomendaría el matizar un poco más la honda densidad de sus páginas que exigen, para una revista, una meditación excesiva, y lecteturas.

—Gracias, Joaquín.

ELOY ANZOLA ETCHEVERS

buzón de crónicas mundiales

SALZBURGO

kelsen mira al derecho natural

RICARDO ESTARRIOL

Kelsen, el anciano maestro del derecho, con sus 81 años de edad, juerista invocado con gran frecuencia, sintió la silla, carraspeó y se levantó: *"Señores, posiblemente ustedes —especialmente los teólogos— esperan que asuma el papel de abogado del diablo; se equivocan, estoy decidido a intervenir como abogado de Dios. Si existe un derecho natural, éste sólo puede tener un fundamento metafísico basado en la creencia de Dios"*.

Con esta introducción inició Kelsen su ponencia durante una reunión científica que tuvo lugar en el Centro de Investigaciones Científicas de Salzburgo. A ella asistieron destacados estudiosos del derecho y teólogos, para llevar a cabo conversaciones sobre el derecho natural. El tema de este encuentro —que, a pesar de haberse a puerta cerrada, ha despertado gran eco— giró alrededor de la significación y sentido del derecho natural en la teoría política.

Esta preocupación por el estudio y la elaboración de una doctrina inspirada en un pensamiento filosófico cristiano acerca del fundamento del derecho natural puede interpretarse —y hay motivo para ello— como el principio del fin de la era positivista y un regreso al realismo filosófico en la consideración profunda del derecho. Fue precisamente la absoluta escisión entre el Derecho y la Política el factor que en los años posteriores a 1945 condujo al renacimiento del ideal del derecho natural, corriente a la que apenas han podido sustraerse algunos pensadores marxistas (recuérdese la obra de Ernst Bloch) ni los positivistas como Hans Kelsen. Se explica así que los organizadores de esta reunión decidieron invitar al autor de la Constitución Federal Austriaca y de la "Doctrina pura del Derecho", el profesor Hans Kelsen, para entablar un diálogo entre el positivista y los iusnaturalistas. Los asistentes eran pocos, pero de gran nivel científico. Adalbert Auer, catedrático de la Facultad de Teología de Salzburgo, Presidente del Instituto Pontificio de Filosofía, teólogo y filósofo del derecho. Alfred Verdross, catedrático de Derecho Internacional y Filosofía del Derecho en la Universidad de Viena. August Von Der Heydte, jurista, catedrático de Wurzburgo. Eric Voegelin, catedrático y director del Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad de Munich, antiguo ayudante de Kelsen en Viena. Rene Marcic, profesor de Derecho Constitucional en Viena y publicista. El iniciador del encuentro de este año ha sido el dominico Martín Schmolz, un antiguo ayudante de cátedra de Eric Voegelin en Munich: a él se debe el hecho de que las conversaciones transcurrieran en un clima de comprensión que sirvió para poder confrontar opiniones y sistemas representados por personalidades muy dispares en el campo de la Filosofía del Derecho.

"La naturaleza misma no da la medida"

Después de la introducción que he citado en el primer párrafo, Hans Kelsen expuso su punto de vista sobre los fundamentos de la teoría del derecho natural. Dado que el Derecho, según su esencia más propia, es norma, y dado que la norma no puede ser interpretada más que como expresión de un acto de voluntad, la única forma de concebir el derecho natural (entendido como *derecho*) es considerándolo como expresión de la voluntad creadora. Una teoría del derecho natural sin un fundamento teológico sería una quimera. El acabado jurista que en 1920 proyectó la Constitución austriaca, el creador de la famosa Escuela de Viena, el hombre que es envidiado por otros sectores científicos a causa de su lógica tajante, expresó su pensamiento con un ropaje algo poético: *"La naturaleza del derecho natural viene a ser como el heraldo de la voluntad de Dios, en quien conocer y querer son uno. En realidad, la naturaleza no da la medida, sino que la da el primer mostor de la naturaleza, la voluntad del Creador, tal como nos ha llegado a nosotros en la Revelación"*.

Los asistentes al congreso no pudieron reprimir su sorpresa. Querían que Kelsen precisara su punto de vista: qué entendía él bajo el nombre de metafísica y teología. Si el eminente jurista se había referido a la Revelación cristiana y a la filosofía que se apoya en esta Revelación, atacaba por su base una teoría del derecho natural, nacida con Victoria y desarrollada por Grocio, que había parecido intocable durante siglos. Y ello, debido a que esta teoría parte de la base de que el derecho natural tiene vigor y puede conocerse con independencia de la Revelación. Otra cuestión sería intentar construir una teoría del derecho natural sin recurrir a Dios: la teología natural lo resuelve diciendo que sin la idea de un Dios creador no puede concebirse una ley natural. Pero de ahí a exigir una Revelación concreta hay bastante diferencia. Kelsen concedió que también era posible concebir que un conocimiento filosófico de Dios pudiera ser el fundamento del derecho natural.

El Derecho de Gentes y la Guerra Justa

La primera ponencia de Kelsen anticipó ya el tema que iba a desarrollar Verdross. Según el internacionalista vienés, la historia del pensamiento y de las instituciones humanas enseña que la llamada doctrina del derecho natural occidental informa y penetra la vida internacional de nuestros días. Las soluciones para los problemas fundamentales —o, por lo menos los caminos que pueden conducir a una solución de los mismos— parten de la teoría del derecho natural elaborada por la Escolástica tardía española: Vitoria, Fernando Vásquez y Francisco Suárez. En ella, asegura Verdross, se basa la Convención Europea de los Derechos del Hombre, los estatutos de las Naciones Unidas y su "Declaración General de los Derechos del Hombre". Esta expansión de la idea del derecho natural lleva consigo también la cristianización. La mejor forma para advinar la orientación de este desarrollo es responder a estas preguntas: ¿qué es la guerra? y ¿está permitida la guerra? La doctrina natural que ha inspirado el moderno Derecho Internacional dice que la guerra es un instrumento legítimo y moral de la política cuando sirve para imponer la realización de una auténtica pretensión jurídica. La guerra justa es la ejecución del derecho. Hegel negó este principio cuando permitió y reconoció que la guerra era el instrumento interestatal de la política (como realización de una "raison d'Etat"), prescindiendo de la realización o no de un derecho.

El Derecho Natural es el alma y el Derecho Positivo el cuerpo

El profesor de Derecho Internacional Von Der Heydte trazó las cuestiones del derecho de guerra y de los experimentos atómicos, a la luz de la teoría del derecho natural. El derecho natural debe proteger la libertad del hombre frente al miedo a la muerte atómica. Para dar a entender hasta qué punto se complementan mútuamente el derecho natural y el positivo citaré una de las frases de Von Der Heydte: *"Así como el hombre, compuesto de alma y cuerpo, forma una esencia indivisible que es el hombre entero, así también el derecho natural y el derecho positivo forman todo el derecho. El derecho natural es el alma, el derecho positivo, el cuerpo"*. La función del derecho natural como principio inspirador se presenta con mucha más claridad en el derecho internacional que en el derecho interno nacional. Por una parte la distancia es poca —el derecho internacional realiza, por así decirlo, directamente el derecho natural— y por otra parte la típica forma de nacimiento del derecho internacional lo eleva por encima del derecho nacional; pues el derecho internacional surge más o menos conscientemente del uso, de la costumbre, es decir, democráticamente, de abajo hacia arriba, de una forma que excluye casi toda arbitrariedad.

El Derecho Natural crece

Ni el orden natural ni el derecho natural en especial son un "dato fijo" (Schmolz) dado al hombre. Es más bien algo que exige espíritu de criterio, esfuerzo del entendimiento, algo que tiene que ser conquistado con el entendimiento y la voluntad siempre de nuevo. Por esto la prudencia ocupa el lugar más elevado entre las virtudes morales, por encima de la justicia: ésta presupone aquélla. Y por ello se concentró Aristóteles, el teórico de la política e impulsor de la metafísica, en el actuar *concreto* del hombre aislado en la sociedad y en la praxis de la *polis*.

El Derecho Natural es un derecho concreto

Albert Auer, que es el autor de un conocido libro en el mundo germánico (*Der Mensch hat Rechi* (El hombre tiene razón) publicado hace dos años, dejó sentado que el punto de partida del derecho natural es el ser. Derecho natural es derecho del ser. El fundamento primario de las verdades del derecho natural es la ley eterna que el hombre puede leer en su naturaleza. Sólo puede tener derecho el que es persona: Dios y la criatura espiritual. Nadie habló tanto de derecho natural como el nacionalsocialismo y nadie habla tanto de lo que corresponde a la naturaleza como el materialismo dialéctico. Pero ambos no han subido ver que la naturaleza del hombre es espiritual. El fundamento de valor del derecho natural no es una idea cualquiera de naturaleza, sino una naturaleza que yo *realizo*. Su validez es óntica, no tan sólo ética. Esta validez trae consigo que yo destruya la naturaleza humana cuando actúo contra la misma. Una generación que destruye el derecho natural se destruye a sí misma. Pero, además, esta validez es real y concreta. Derecho natural no tan sólo son unos principios generales, sino que desciende a cada caso concreto. Abarca tanto la realidad del ser como la realidad histórica. Se trata de principios muy concretos, de normas de vivir cotidiano, como la de que "tienes que detenerte ante la luz roja de la circulación".

Auer aplicó más tarde estos principios al campo social: *"Es verdad: es inmoral, al emplear trabajo en la producción, convertir la fuerza humana viva en materia. La gran misión de la época moderna es entender el sentido del trabajo y deslindarlo filosóficamente. La época moderna es lo bastante humilde —por lo menos en lo que se refiere a los teóricos— para poder decir que las consecuencias que se han extraído de una teoría del trabajo como la que tenemos hoy día son valores meramente aproximados, pero ninguno ideal. Por eso, los conceptos de Participación en los beneficios y el Derecho de intervención en la dirección de la empresa se escriben con mayúscula: porque la economía moderna —aún en su forma más noble (podemos referirnos aquí a los famosos ejemplos de la industria pesada alemana)— parte de la base de que el salario no cubre las exigencias de la justicia, puesto que en definitiva el salario es una expresión de un profundo problema de derecho natural: la compensación de riquezas entre los hombres. Existe la posibilidad de dejar que el capital sea capital y sin embargo, de encontrar formas económicas con las que pueda estar de acuerdo el trabajador"*.

Fue después de esta intervención de Auer cuando Kelsen no pudo contenerse y exclamó: "Este es hombre admirable; desde ahora miraré a la Iglesia con otros ojos".

El resultado de la reunión de Salzburgo no puede medirse con las categorías acostumbradas. Por primera vez Hans Kelsen tuvo contacto de una forma viva con un derecho natural fundamentado teológicamente. Profunda impresión le causó el encuentro con su gran antípoda Albert Auer ("Un hombre así —dijo Kelsen— me obliga a *revisar totalmente* mi punto de vista sobre la ciencia católica; ¡lástima no haber tenido un encuentro de este tipo veinte años antes!").

¡NOCHEBUENA!



¡Nochebuena! Pan de alegría,
golosina de la niñez,
(la edad es una tiranía
con arrugas de alma i de tez)
¡Quién pudiera, Virgen María,
tener seis años otra vez!

La edad feliz de los zapatos
al borde cándido del lecho...
(estas horas de literatos
nos han tatuado en ocre el pecho).

La edad feliz i sin estragos
en la carne ni en la conciencia,
i sin los vértigos aciagos
que nos depara la experiencia;
la edad pintada de inocencia,
con tricromías de Reyes Magos
que en camellos con pies de liebres
trepan las cuestas i los montes
i se sorben los horizontes
para llegar a los Pesebres.

¡Noches de Hadas i de Ensueños
esas noches de Navidad!
En antítesis de beleños
vigilias de divinidad
que perturbaron nuestros sueños
con mentiras de castidad.

...(I el gozo azul por la mañana
de ir a enseñarle a los demás
los muñecos de porcelana
que nos trajo San Nicolás...)

...(I entre un cebú i unas potrancas
i unas cebras de finas ancas
i el pez que se tragó a Jonás,
ven crecer nuestras almas francas
las patriarcales barbas blancas
del bueno de San Nicolás...)

Hoi la añoranza torna en ecos
de una voz de felicidad,
aquella edad de los muñecos
en las noches de Navidad.

Se trocaron en adversarios
los mamarrachos de cartón:
hoi son legiones de reciarios
que nos hieren el corazón.

La edad es una tiranía
con arrugas de alma i de tez:
¡Quién pudiera, Virgen María,
tener seis años otra vez!

rafael yepes trujillo

GUIRNALDA PARA EL NACIMIENTO

A San Francisco de Asís

Fundiste la antigua luz
en nueva vida integral
el Nacimiento surgió
en transverberada imagen
con ángeles y animales
con pastores y colinas
con reyes y con riachuelos

Recreaste con tu asombro
la venida de Jesús
la Madre santa belleza
el Padre celeste ejemplo
la mula como presagio
el buey como acompañante
y las ovejas balando

Flores de rocío brotaron
por los montes luminosos
aleluyas repicaron
las frondas del universo
mientras querubes y arcángeles
danzaban danza de amor
sobre la tierra y las nubes

Cuánto esplendor cuánto hechizo
cuánta gracia inenarrable
desterrado el odio amargo
expulsada la ponzoña
castigada la soberbia
aire de ensueño y realismo
oh venturoso mensaje

Mundo en alianza devota
sangre en visión transparente
fustigado el exterminio
fuera el orgullo que miente
ninguna rencilla torva
únicamente hermosura
la fe en la Resurrección

Oh poeta oh esencia invicta
tal evidencia dejaste
en recuerdo del milagro
que es aleteo de azucena
centella y sed de zafiro
y transfigurado amor
con que Dios legó su Paz.

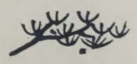
DESTELLO DE NAVIDAD



I

No buscó el oro que turba
ni la plata que aprisiona
ningún metal que fulmina
para su tránsito de barro
con celeste resplandor

No quiso aluvión de poder
ni aterradora fortaleza
no deseó follaje altivo
con bullicio y oropel
para llegar a este mundo



II

Pidió el aliento natural
de la tierra y sus abismos
soñó como fiel escudo
la soledad de la nieve
y el rumor de la inocencia

Pudo tener el armiño
y prefirió sólo hierbas
en vez de atraer la abundancia
se alegró de la estrechez
con ángeles y animales



III

Vino a este ámbito Jesús
en desnudez de humildad
para colmar límpidamente
Quien nada quiso pedir
llegó para el ofrendar

Oh pedestal de la belleza
serena fe incesante llama
nunca exigió tributo ciego
leve en su ser se dio integral
oh red de la caridad

IV

Una cueva le dio posada
los animales su compañía
Madre y Padre eran tan pobres
que no tenían para cubrirlo
sino sus hálitos de fe

Nada más tenía el Redentor
en la hora de su Encarnación
fue triste y alegre su llegada
el arco-iris le entregaba paz
el silencio su señal sin fin

V

Todo era milagro amoroso
la gracia la armonía el afán
oh ceñida heredad de esperanza
Testamento para la conciencia
hartura al hambriento luz al yacente

Comerán los pobres saciarán sus exilios
serán perdonados los que padecen
volverán a ver los dementes
las flores del campo brillarán
así lo prometió y se dio en legado.

jean aristeguieta

A CUATRO SIGLOS DE LOPE

En casi todas las grandes ciudades del mundo, se celebró el pasado 25 de noviembre, un homenaje sencillo y profundamente sincero al inmortal Lope de Vega —uno de los más grandes dramaturgos que ha dado la historia de la dramática universal—, que ha dado la historia de la dramática universal—, por conmemorarse en esa fecha el cuarto centenario de su nacimiento.

En el Ateneo Ibero-Americano de París, se constituyó un comité presidido por el Rector de la Universidad de París, que bajo invitación a todos los Ateneos del mundo, en especial a los iberoamericanos, para que recordaran la figura extraordinaria del genial poeta español. Los países de habla hispana, en su mayoría, tributaron un merecido homenaje. Venezuela como siempre —cuando se trata de cosas de la cultura—, hizo poco, casi nada. Aparte de una conferencia titulada: ¿Conoce usted a Lope?, dictada por el profesor Santiago Magariños, en el Ateneo de Caracas y de un sencillo homenaje que le rindieran un grupo de profesores y alumnos de la facultad de Humanidades de la Universidad Central de Venezuela, no tuvo Lope otro recuerdo especial de los venezolanos...



"Vértice" pone su pequeña parte en el homenaje mundial, al traerlo a sus páginas. Miles son los volúmenes que se han escrito en torno a Lope, y sería innecesario por ello tratar de hacer crítica nosotros; sólo queremos recordarlo, remover en la conciencia de quienes lo conocen, su recuerdo, sus versos empapados en el hálito maravilloso de una época maravillosa. Está de más decir cuán merecido es el homenaje, porque bien conocemos la magnitud y el brillo que posee la figura de Lope de Vega. Hombre de recia factura española, representante fiel de su época supo aunar en su teatro lo teatral de su vida con lo glorioso de su tiempo. Su vida fue algo novelesco con matices festivos y trágicos, una vida verdaderamente lopesca, como extraída de su propio teatro. Azarosa y aventurera, fue soldado, poeta, pendenciero, unas veces mundano y otras profundamente místico... en, sin lugar a dudas, reflejo de los ideales, costumbres, pasiones y sentimientos religiosos que la dieron características tan especiales al Siglo de Oro español.

Quizá no fue la suya una vida ejemplar, pero en sus postrimerías sintió el llamado de Dios y se ordenó sacerdote. Al apartar su mirada del mundo y encontrar a Dios y a sí mismo, su poesía se inunda del dolor de su azaroso pasado, sentimiento ese que ha dejado versos de inmensa belleza como estos:

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿Qué interés te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierta de rocío
pasas las noches del invierno oscuras?
¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío
si de mi ingratitud el yelo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

Existe una identificación total entre la vida y obra de este genio del teatro universal, difícil de conseguir en cualquier otro escritor del mundo. En realidad no encontramos mucha diferencia entre su propia biografía y la vida de sus personajes dramáticos. Se ha querido comparar a Lope de Vega con uno de los pícaros tan comunes en la España de finales del siglo XVI y principios del XVII y resulta un error comparar a Lope con un personaje tan propio del ambiente español de esa época, no porque Lope no sea auténticamente español, sino porque en él se encarna el espíritu español, sino porque en él se encarna el espíritu caballeresco. De los grandes escritores de la Edad de Oro el espíritu más antipicaresco es indudablemente Lope de Vega. No fue nunca un pícaro; por el contrario, fue un hombre culto, lector ávido, poeta, novelista, crítico literario de su tiempo y por encima de todo excelso dramaturgo. Alma sensible y recientemente lírica. En una ocasión que le recriminaron la facilidad que tenía para derramar lágrimas dijo... "Tengo los ojos niños y portuguesa el alma...".

Sumamente conocido es el número de obras que para el teatro escribiera. Por lo extraordinario de el (mientras exista literatura se recordará con asombro y admiración las mil ochocientas comedias, los cuatrocientos autos sacramentales —de tan vasto número se conservan cuatrocientas comedias y cuarenta autos— los poemas épicos, los acendrados poemas místicos y las novelas) resalta el que escribiera tan solo en una vida por demás agitada, torrencial e inquieta como su propia alma, expresión de las angustias y glorias de su siglo.

Este humano genio fue el verdadero creador del teatro nacional español. Supo reunir todos los elementos dispares que le habían precedido. Comprendió el sentido épico popular y tradicional de su raza, haciendo de su comedia un extenso cuadro, amplio y variado, de la vida, en su aspecto nacional y popular. El aliento del pueblo, el alma colectiva palpitante en sus obras hace difícil la existencia de una figura central, de un personaje que atraiga más que otro la atención del público. Lope creó y dio vida a un personaje fundamental en el teatro: El Pueblo.

Este es el máximo acierto del "Fénix de los Ingenios". Allí radica la importancia primordial de la dramática lopista: llevó a las tablas el alma de su pueblo, porque reunió romance, acción, costumbres, intriga, folklore, realidad y fusión en el pueblo y su pueblo supo tributarle también en vida, y después de su muerte, lo más hondo de su cariño y admiración.

Un contemporáneo suyo, otro de los grandes valores de la literatura hispana, Francisco de Quevedo, escribió:

"Pues ha de ser de Lope lo que es bueno,
en cualquiera persona, en cualquier trato,
a la envidia tu risa de veneno;
que la fortuna, atenta a tu recato,
viéndote de tesoros suyos lleno,
de ti se quejará como de ingrato".

Y entre la gente del vulgo corrían los versillos:

"Que si bueno es de Lope
Lope, por bueno es de Dios".

Estamos a cuatro siglos de su nacimiento... cuatrocientos años de gloria imperecedera para la lengua y las letras castellanas, viviendo en los versos más castizos, humanos y gallardos que ha dado la limpia poesía de España. Versos con sabor a pueblo ibero, versos con auténtica alma española apasionadamente libre y piadosa, de una dorada edad que España hoy ansía.

Su obra y la emoción que ella despertara, viene del pasado a nosotros con la misma juventud y frescura que tuviera en los tabladillos y representaciones de su época. No ha muerto ni morirá; el tiempo se ha encargado por sobre todas las cosas, de erigirle un sitial de gloria y perenne fama en el alma de un mundo que va perdiendo, poco a poco, la sensibilidad y que relega al olvido, los valores trascendentales del hombre.

¡Lope, a pesar de estar en la era de los jets y sentir la angustia de las bombas termonucleares, tu recuerdo se hace lección reafirmadora de los valores del espíritu y de la noble Poesía...!

GUILLERMO YEPES BOSCAN

"TORMENTA EN LAS TINIEBLAS"



FICHA TECNICA:

Título original: "The Miracle Worker". País: EE. UU. Año: 1962.

Productor: Fred Coe. Director: Arthur Penn. Guión: William Gibson. Fotografía: Ernest Caparros. Música: Laurence Rosenthal.

Tiempo de proyección: 106 minutos.

Intérpretes:

Annie Sullivan	Anne Bancroft
Hellen Keller	Paty Duke
Capitán Keller	Victor Jory
Kate Keller	Inga Swenson
James Keller	Andrew Prine

"Tormenta en las Tinieblas" es una película del magnífico director norteamericano Arthur Penn, la que obtuvo un triunfo grandioso en el pasado Festival de San Sebastián, hasta el punto de lograr el premio de la Oficina Católica Internacional de Cine (O.C.I.C.), mención difícil de alcanzar debido a las exigencias del mismo. Aparte del acierto técnico, la O.C.I.C. subraya que la película premiada debe ser aquella "que por su inspiración y calidad contribuya al progreso espiritual y al desarrollo de los valores humanos".

Y a decir verdad, estamos ante un film de primerísima calidad. Se trata de un drama sobrio, adaptado de una obra de William Gibson basada en la historia real de Hellen Keller, la niña que, debido a un golpe recibido a los pocos meses de nacimiento, quedó ciega, sorda y muda y fue llevada al contacto con la vida y el entendimiento a través de los esfuerzos heroicos de su enfermera y profesora, Annie Sullivan.

La labor de Arthur Penn es algo fuera de lo común. A fuerza de sabiduría, lucidez y lirismo, comunica a la película una potencia tal, que hace de ella una verdadera obra maestra. Su dominio sobre los actores es, sencillamente, extraordinario. Pens triunfa de principio a fin valiéndose de una narración directa, con un magistral ritmo cinematográfico, venciendo cada obstáculo al que se enfrenta. La secuencia del comedor —por ejemplo— es un banquete de buen cine; algo fuera de serie totalmente. Asimismo la secuencia final del agua, repleta de dramatismo.

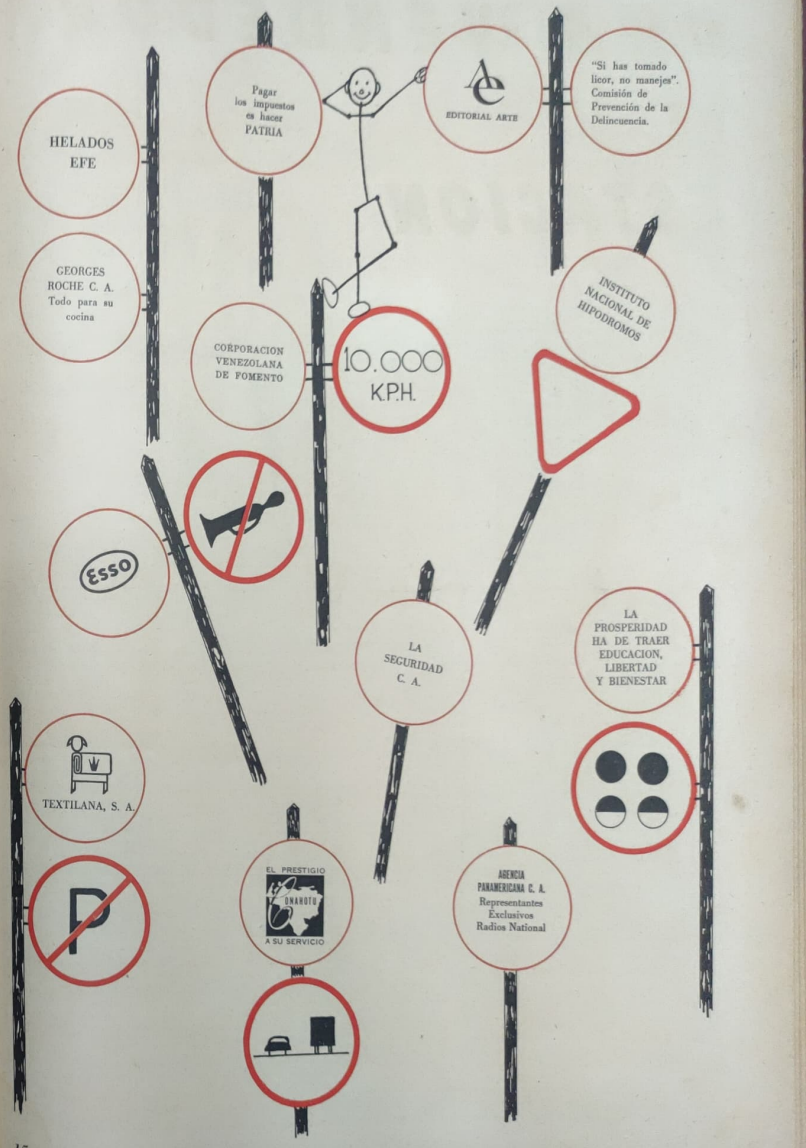
Arthur Penn logra con esta creación superar lo que había dejado entrever con su primera película "The Left Handed Gun"; o sea, introducirnos en el interior de los personajes a través de la fuerza de sus imágenes y de la perfección de su relato, lo cual resulta de mucha mayor envergadura en un caso como el presente, donde la mímica juega un papel preponderante.

La interpretación es de primera categoría. Patty Duke y Anne Bancroft repiten en la pantalla su triunfo obtenido en Broadway. Victor Jory resulta un excelente Capitán Keller, personaje de difícil caracterización, lleno de irritabilidad e incomprensión. Inga Swenson es la madre en la que predomina un cariño que bien podríamos llegar exagerado, pero que, sin embargo, se ajusta a la realidad.

Por su parte la fotografía y la música son de una belleza y un contenido acordes con la sobriedad del conjunto. Un especial significado tienen los ruidos que —como en el caso del tren— expresan, simbólicamente, la tormenta interna de los personajes.

Nos encontramos ante una obra digna de los mayores elogios. En ella se demuestra cómo la paciencia y el amor de una maestra pueden volver a dar la vida a una criatura, cuyo destino no era otro que un mundo de tinieblas, tanto materiales como espirituales.

JESUS A. SANABRIA S.



UNA VENDEDORA DE ESTACION



La calle está repleta de gente. Un hormigueo constante se agita en medio del bullicio, por encima de las sucias aceras. Al fondo de la calle, la plazuela se ve aún más llena de gente. ¿Cómo puede caber tanta gente? Por doquier niños, y los cajones de los buhoneros, esos vendedores ambulantes que aparecen siempre en las navidades. Un sinfín de mujeres chillando, regateando precios y discutiendo acaloradamente con los buhoneros. El bullicio es casi insoportable, a pesar de que ya va oscureciendo.

La tarde hace rato que se ha largado, y el ruido de los cohetes se mezcla con los tocadiscos que, a todo volumen, inundan el ambiente de ritmos populares. Todo esto cobra el aspecto de una enorme corrida de toros, donde éste no se ve por ninguna parte. Gente y más gente. Sin embargo, pronto acabará todo. Ya hoy es navidad, y el veinticuatro de diciembre por la noche las familias se reúnen para comer las hallacas juntos. ¡Ah no!, eso era antes, ya no existe. La navidad se ha comercializado. Han vaciado el espíritu navideño en unos pocos regalos de compromiso social. Quizá sea por eso que cada año hay menos alegría en esta época.

En el tumulto hace rato que camina. Está, lo vemos a la distancia, muy afanado buscando algunos juguetes. Su rostro encierra cierta simpleza e ingenuidad. Por eso la preocupación se le escurre por el poblado bigote oscuro, y le lame las costillas flacas. Pero, en medio de su preocupación, una fiebre enrusiástica lo conmueve y lo ha llevado de mostrador en mostrador buscando los juguetes más baratos. La paga de un barrendero suele ser muy escasa, y el aguinaldo de siempre brilló por su ausencia este año. Todo esto presagia una navidad hambreada, sin hallacas pero con mucho amor, porque éste no cuesta nada, ni lo venden en los grandes almacenes.

Lleva bajo el brazo un paquete que le ha ocasionado más de una molestia. Los tropezones en la acera son tan frecuentes que serían capaces de derruir las pirámides. Esto contribuye quizás más todavía, a darle ese aspecto de corrida de toros o de formidable encuentro boxístico a la calle. Bajo el burdo papel adivinamos una muñeca de goma. Tiene hijas hembras. Una hijita pequeña, tal vez, que cree que el Niño Jesús colmará sus ilusiones infantiles de tantos juguetes. Se aproxima ahora a un largo mostrador, muy bajo, donde se ven multitud de carritos de juguete. En ese momento, nota gran agitación en la esquina de la calle, y de la acera de enfrente sale un hombre corriendo apresuradamente. "¡Ladrón! ¡Ladrón! Se llevó mis juguetes. ¡Ladrón!" En seguida aparece, salida de la sombra seguramente porque ésta presagia desdicha para los hogares miserables, una ronda policial. El fugitivo termina su carrera en los brazos de dos policías. "Sinvergüenza. Borracho. Esta noche vas a dormir en la rola". Va a pasar la noche de navidad en la cárcel. Es corriente; después de todo, este caso se ve todos los días. ¿Por qué? No sé, a veces me parece que la justicia humana no ve más allá de sus narices, y se queda con las apariencias. Pero, ¿a qué preocuparme? No le conocía. ¿Y su familia?... Robó una muñeca, no dinero.

El martilleo de esta escena se hacía locura y delirio esquizofrénico en la mente analfabeta. El bullicio de la calle aumentaba por momentos y los cohetes seguían anunciando la cercanía de la hora dichosa.

¿En qué estaba...? El carrito, ¡ah, sí! "Por favor, ¿cuánto cuesta este carrito?" La preocupación por la escasez de dinero y la reciente conmoción dibujaban en su rostro simples expresiones angustiosas y que, sobre todo, movían al afecto comprensivo por el dolor ajeno.

La vendedora se hallaba sentada en un pequeño banquillo hecho de tablas de cajón, en el otro extremo del mostrador. Su cara se vaciaba en una mirada inocua, casi de expresión embrutecida, insensible. El enredado cabello caía en desorden sobre sus hombros flacos, cubiertos de una tela vieja, una blusa desteñida de muchos pliegues. Era una buhonera, una vendedora de estación que acuciada por el hambre se volcaba, como tantos otros, en un trabajo sin horas determinadas, sin garantías de estabilidad y sin ganancia segura.

La voz, un tanto quebrada, del barrendero anónimo, la hace incorporarse con una mirada de indiferencia. Cansonamente responde: "Tres bolívares, maestro". Ahora es la mano inquieta que se desliza en el bolsillo. No puede reprimir una sonrisa de satisfacción. ¡Allí estaba! Apresuradamente, saca el dinero, paga y recoge el pequeño paquete que debía alegrar la navidad de su retoño.

Se llevó el carro malo, ¡qué suerte!, ya salí de él. A la primera imagen del buen negocio, de la ganancia, sucede la interrogante de la angustia. "Es un pobre hombre... Será para su muchacho... Y ese carro malo...". Se agolpan ahora en su mente vacua las imágenes de sus navidades infantiles. Sin juguetes. Sin padres de bigotes anchos y de semblante cariñoso. Con hambre. "Le pasará al muchachito. Esto no es un buen negocio...". "¡Señor! ¡Señor! ¡Espere!"

Al oír el grito, nuestro amigo se voltea y la vendedora se acerca corriendo. Tiene el rostro desencajado de la emoción y resoplando grita aún más fuerte. "¡Ese no, señor. Se lleva un cafrito malo!" Le arrebata el paquete, y con la misma velocidad compulsiva le da un carrito nuevo, flamante.

Otra vez estoy un poco desconcertado. Buena mujer. Supo que no podría comprar otro juguete. ¡Que Dios la bendiga!

La noche rascaba por última vez las orejas de los faroles, y al dar las doce, la nochebuena, el clamor estaba aún en sus labios. ¡Que Dios la bendiga!

GONZALO HERRERO

EDITORIAL ARTE / CARACAS